

Vigésimo Octavo Domingo del Tiempo Ordinario C2025

En el Evangelio de hoy, nuestro Señor se pregunta por qué los otros nueve leprosos no regresaron a darle las gracias mientras también fueron sanados como aquel extranjero. Para comprender la importancia de la pregunta de nuestro Señor, debemos tener presente que en el mundo antiguo la lepra era una enfermedad muy devastadora. Se consideraba un castigo de Dios o una consecuencia de los pecados cometidos.

Además de su efecto destructivo en el cuerpo del enfermo, también lo excluía, civil y religiosamente, del funcionamiento normal de la sociedad. Por lo tanto, cada vez que alguien se curaba, la Ley de Moisés recomendaba que se presentara ante los sacerdotes para que atestiguaran de su curación.

Lo particular en el caso de los diez leprosos es que nuestro Señor los envió ante los sacerdotes incluso antes de su curación. Tal acto demuestra que nuestro Señor anticipó su curación e incluso sabía muy bien que serían curados antes de que llegaran.

Al sanar, ellos recuperaron la integridad física de su cuerpo y también se reintegraron a la sociedad, disfrutando de todos los privilegios que habían perdido con la enfermedad. Con tanta bondad demostrada y los favores recibidos, deberían estar suficientemente agradecidos y dar gracias a nuestro Señor por permitir que esto les sucediera.

Por eso, más allá del problema de la sanación que todos necesitamos, nuestro Señor quiere despertarnos a la realidad de la condición humana. De hecho, la vida es frágil y está rodeada de muchas limitaciones. Necesitamos que Dios nos devuelva la salud plena y la integridad de nuestro cuerpo. También necesitamos la intervención y la presencia de muchas personas a nuestro alrededor sin las cuales la vida se hace muy precaria.

Por ejemplo, sin la ayuda de nuestros padres que nos cuidaron, no seríamos quienes somos hoy. Sin la atención amable de nuestros médicos que nos atienden cuando estamos enfermos, estaríamos perdidos. Sin el esfuerzo de nuestros maestros que nos abrieron los ojos a la realidad del mundo, habríamos permanecido ciegos. Sin la amistad de tantas personas que nos cuidan, la vida sería difícil. Sin el amor de nuestros cónyuges y familiares, la vida sería miserable, etc.

Nuestro Señor nos da la oportunidad de pensar en todas estas personas y agradecerlas. Por eso, al plantear la cuestión de los nueve leprosos que no regresaron para mostrar su agradecimiento, nuestro Señor nos advierte contra la ingratitud. Contra la tendencia a dar las cosas por sentado, nuestro Señor nos recuerda que la gratitud es un deber que todos debemos tener en el corazón.

Claro que es cierto que a veces nos sentimos incapaces de devolver lo que se nos ha hecho; pero lo trágico es que a menudo ni siquiera lo intentamos. ¡Cuántas veces hemos sido ingratos con Dios! A veces, cuando tenemos problemas, oramos con intensidad y le pedimos ayuda. Pero, una vez que el mal momento pasa, lo olvidamos y seguimos nuestro camino como si nada hubiera pasado.

A veces, los conversos y los recién llegados a la fe aprecian más todo lo que Dios ha hecho por ellos que los católicos habituales. Debemos tomar en serio esta advertencia de nuestro Señor. La experiencia humana nos ha enseñado que, una vez que las personas obtienen lo que desean, olvidan a sus benefactores. ¿Con cuánta frecuencia algunas personas han sido desagradecidas con sus padres? La verdad, sin embargo, es que sin ellos no habríamos sido quienes somos hoy. Sea cual sea la evolución de nuestra relación con ellos a lo largo de los años o el juicio sobre si han sido buenos o malos, siguen siendo nuestros padres y dignos de respeto.

Y, sin embargo, algunas personas no hablan con sus padres. Otras no los llaman ni siquiera una vez al año. Hay quienes disfrutan amando a sus cónyuges, pero los presionan para que corten cualquier relación con ellos.

¡Cuántas veces hemos sido ingratos unos con otros! Y, sin embargo, sabemos que la vida humana sería imposible sin la presencia de tantas personas de cuyo servicio nos beneficiamos. ¿Qué sería de nuestra vida sin la presencia de la policía, los maestros, los médicos, los sacerdotes, los mecánicos, los agricultores, los empresarios de todo tipo, etc.?

Pidamos a nuestro Señor que nos ayude a ser agradecidos a Dios por sus muchas bendiciones hacia nosotros. Ofrezcámosle nuestra enfermedad para que nos sane física, emocional y espiritualmente. Pidámosle que nos ayude a permanecer fieles y perseverantes, especialmente en los momentos de dificultad y sufrimiento. Amén.

2 Reyes 5: 14-17; 2: 2-4; 2 Timoteo 2: 8-13; Lucas 17: 11-17



Fecha de la Homilía: el 12 de Octubre, 2025

© 2025 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20191012homilia.pdf